

PENÍNSULA **HUELLAS**

# LA MANO NEGRA

Stephan Lally



La guerra épica entre un detective brillante y la sociedad secreta más mortífera de la historia de Estados Unidos

# La Mano Negra

## Stephan Talty

La guerra épica entre un detective brillante  
y la sociedad secreta más mortífera  
de la historia de Estados Unidos

Traducción de Maria Riera

*ediciones península*

Título original: *The Black Hand*

© Stephan Talty, 2017  
Todos los derechos reservados

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).  
Todos los derechos reservados.

Primera edición: marzo de 2018

© de la traducción del inglés: Maria Riera Velasco, 2018

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2018  
Ediciones Península,  
Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[edicionespeninsula@planeta.es](mailto:edicionespeninsula@planeta.es)  
[www.edicionespeninsula.com](http://www.edicionespeninsula.com)

PAPYRO - fotocomposición  
C.P.I. - impresión  
DEPÓSITO LEGAL: B-2.004-2018  
ISBN: 978-84-9942-680-8

## ÍNDICE

Prólogo: «Un terror inmenso que todo lo consume»	13
1. «La capital de medio mundo»	25
2. El cazador de hombres	43
3. «Muertos de miedo»	61
4. Los misteriosos seis	81
5. Rebelión general	93
6. Explosión	109
7. Oleada	125
8. El General	147
9. «El terror de los criminales»	165
10. Unos días se nace, otros, se muere	187
11. «Guerra sin cuartel»	203
12. El contragolpe	221
13. Un servicio secreto	241
14. El caballero	259
15. En Sicilia	273
16. Caballos negros	289
17. El quinto pino	311
18. Un retorno	331

LA MANO NEGRA

Agradecimientos	353
Nota sobre las fuentes	355
Notas	357
Bibliografía seleccionada	381
Índice analítico	385

## «LA CAPITAL DE MEDIO MUNDO»

El 3 de enero de 1855 apareció el cadáver de un hombre en un dique del río Misisipi, cerca de Nueva Orleans, donde, a pocos centímetros de su mano extendida, el agua fluía hacia el sur, en dirección al golfo de México.<sup>1</sup> Incluso desde lejos, cualquiera que pasara se habría dado cuenta claramente de que aquel hombre había tenido un final violento. Tenía la camisa ensangrentada y llena de agujeros: le habían clavado más de diez puñaladas. Además, le habían rajado la garganta de oreja a oreja, y con el calor, la sangre de la herida ya había empezado a cuajarse. El hombre se llamaba Francisco Domingo y era la primera víctima conocida de la Mano Negra en Estados Unidos.

Todavía faltaban cinco años para que Joseph Petrosino naciera. La Sociedad pisó el continente casi dos décadas antes que él.

A diferencia de Domingo y de la mayoría de sus futuros enemigos, Petrosino no era siciliano. Procedía de la provincia de Salerno, en la región de la Campania, en lo que sería la parte frontal del tobillo de la bota italiana. Giuseppe Michael Pasquale Petrosino nació en el pueblo de Padula, sede del célebre monasterio cartujano, el 30 de agosto de 1860. Su padre, Prospero, era modisto, y su madre, Maria, ama de casa.<sup>2</sup>

La familia era pequeña para los estándares italianos: Petrosino tenía un hermano y una hermana menores; y el hogar del modisto sufrió dos tragedias durante la infancia de Giuseppe. Su madre murió siendo él niño (no quedó constancia de la causa), y en la década de 1860, Giuseppe contrajo viruela, una enfermedad habitualmente mortal en aquella época. Logró sobrevivir, pero la piel le quedó cubierta de cicatrices para el resto de su vida.

La primera crisis fue la que seguramente tuvo un efecto más profundo en el joven Petrosino, que nunca hablaba de su madre (rara vez discutía asuntos personales) y que se hizo célebre por sus silencios y por un temperamento retraído al que muchos harían referencia y para el que se barajarían todo tipo de hipótesis: su falta de educación y las dificultades de su trabajo eran las dos explicaciones más habituales. La frase recurrente en los artículos que le dedicó la prensa a principios del siglo XX, cuando Petrosino alcanzó la fama nacional, era: «Nunca sonreía».<sup>3</sup> No era cierto. Petrosino era capaz de experimentar emociones intensas, alegría, ternura y también una furia terrible. Algunos amigos íntimos aseguraban, incluso, que era posible convencerlo para que se lanzara a hacer imitaciones en las fiestas. Pero desde luego, la pérdida de su madre dejó en su personalidad una impronta trágica y profunda.

Sus años de niñez coincidieron con una etapa formativa en Italia. Giuseppe Garibaldi lideraba la guerra para unificar los Estados de la península, incluido el Reino de las Dos Sicilias y los Estados Pontificios, y crear la moderna nación italiana. Pero la pobreza y el desgobierno seguían imperando —especialmente en las regiones del sur—, y en 1873, cuando Petrosino tenía trece años, Prospero, su padre, decidió probar suerte en América y compró pasajes para toda la familia en un vapor rumbo a Nueva York.

Los trece años se consideran una edad importante en el Mezzogiorno, que marca el momento en el que el niño abandona la infancia y aprende las formas del mundo y lo que este espera de uno. La concepción generalizada es que esa es la edad a la que empieza la madurez. A esas alturas, Petrosino había interiorizado ya muchos de los códigos italianos sobre la vida y el honor, entre los cuales el más importante era el *ordine della famiglia* (el orden de la familia), los valores y costumbres esenciales que regían el comportamiento en las ciudades del sur de Italia. Uno de los principios fundamentales del *ordine* establecía que uno no debía ponerse nunca a sí mismo por delante de la familia, ni permitir que las ambiciones pudieran más que las obligaciones. El riguroso Mezzogiorno, donde la vida misma era una batalla, exigía obediencia a los seres queridos.

Tras veinticinco días de travesía, los Petrosino llegaron a Nueva York, parte de la primera oleada de inmigración italiana, formada fundamentalmente por trabajadores cualificados y personas con estudios. Se instalaron en Manhattan y Petrosino se matriculó en la escuela pública, donde empezó a aprender inglés. (Por el hecho de no dominar el idioma, seguramente lo pusieron en un curso inferior al que le habría correspondido por edad.) La era de emigración masiva de italianos a América todavía no había empezado. En 1875 había apenas 25.000 inmigrantes italianos, que se asimilaron al tejido de ciudades como Nueva York y Chicago con relativa facilidad. No fue hasta la década de 1880 que un gran número de inmigrantes extremadamente pobres empezaron a desembarcar en la Costa Este, lo que provocó serias tensiones con la población nativa. En 1888, un periódico de Nueva Orleans publicó una tira cómica titulada «Con relación a la población italiana».<sup>4</sup> En una de las ilustraciones aparecía una jaula abarrotada de italianos que arriaban a las aguas del río. El texto decía: «He



aquí cómo librarse de ellos». Pero incluso en 1873, el joven Joseph conoció el odio en las calles del Lower Manhattan.

Los italianos habían empezado a instalarse en barrios que habían pertenecido a los irlandeses durante por lo menos dos generaciones. Los recién llegados, con la extraña y florida musicalidad de su lengua, sus festividades desenfrenadas, su piel olivácea y su sorprendente gastronomía, estaban en minoría y eran objeto del más enconado rencor. Cuando una familia italiana se mudaba a un edificio, los irlandeses generalmente se marchaban. En un momento crítico, la policía tomaba las calles cada día al sonar la campana del final de la jornada del colegio local.<sup>5</sup> Cuando los niños italianos salían por la puerta principal, un alarido se elevaba de los edificios próximos y rebotaba en los adoquines, donde una madre irlandesa tras otra abría la ventana, se asomaba y les gritaba a sus hijos, que estaban en la calle: «¡Matad a estos *espaguetis!*!». Sus hijos, de piel sumamente blanca, seguían sus instrucciones: cogían rocas y las lanzaban contra las cabezas de los niños y niñas italianos, que huían del colegio en manada. Pequeñas bandas atacaban a aquellos chicos de pelo oscuro, tratando de aislar a los rezagados. Si lograban acorralar a uno, lo apaleaban hasta que corría la sangre. «Era el caos absoluto», recordaría más tarde un hombre que siendo niño había tenido que soportar aquel ritual diario.

Temiendo que les rompieran los dientes y les partieran los huesos, un grupo de estudiantes italianos acudieron a un recién llegado que parecía irradiar fuerza. El joven Joe Petrosino nunca había rehuído los enfrentamientos con los irlandeses; de hecho, parecía disfrutar con ellos.<sup>6</sup> Cuando, al terminar la última clase, sonaba la campana, Joe guiaba a sus amigos italianos hasta la calle, con los ojos atentos a la presencia de enemigos. Si un chaval irlandés lograba esquivar a la policía y lanzar una piedra a alguno de los niños italianos que se acu-

rrucaban detrás de él, Joe daba media vuelta y se le echaba encima. Empezaba soltándole una sarta de puñetazos en la cabeza al irlandés y acto seguido intentaba partirle el cráneo al asaltante contra los adoquines del suelo. A menudo, Petrosino volvía a casa con la camisa ensangrentada. Con el tiempo, su nombre empezó a estar envuelto por una pequeña leyenda.

A pesar de su iniciación a menudo brutal a la vida en Manhattan, Petrosino mostró signos de ser un típico inmigrante en Norteamérica y pronto empezó a buscar la forma de granjearse un futuro mejor. Él y otro chico italiano, Anthony Marria, abrieron un quiosco de prensa con servicio de limpiabotas delante del número 300 de la calle Mulberry, en el corazón de lo que pronto se conocería como Little Italy. El edificio era ni más ni menos que el cuartel central del Departamento de Policía de Nueva York, y al tiempo que vendía el *World* y el *Herald*, Petrosino les limpiaba los zapatos a los polis callejeros, con sus uniformes de lana azul marino con relucientes botones dorados. Algunos de los agentes trataban a los chicos con bondad, pero otros los llamaban *espaguetis*, *sinpas* (de «sin papeles») o *guineas*, un insulto particularmente detestable que vinculaba a los italianos con la esclavitud, ya que aquel apelativo había servido originalmente para referirse a las personas secuestradas en Guinea, en la costa occidental de África.

Pero los insultos no desanimaron a aquel joven adolescente. «Petrosino era un chico fornido y grandullón —recordaría más tarde su amigo Anthony—, y era muy ambicioso.»<sup>7</sup> La mayoría de los jóvenes italianos dejaban el colegio prematuramente y se ponían a trabajar en los talleres textiles que habían empezado a surgir por toda Little Italy, o recogían trapos, o entraban como aprendices en chatarrerías, o se dedicaban a empujar carretillas de mano. Joe completó más cursos escolares que la mayoría de los muchachos inmigrantes, al tiempo que mantenía lo que era poco menos que un trabajo a tiempo

completo como limpiabotas. Pero al final la falta de dinero pudo más que los estudios y Petrosino dejó las clases en el Colegio Público 24 de la esquina de Bayard con Mulberry al terminar el sexto curso.

Una vez hubo dejado atrás su época estudiantil, Joe se unió a los miles de otros jóvenes italianos que salían a las calles —algunos de ellos, descalzos incluso en los gélidos inviernos neoyorquinos— al grito de «¿Le limpio las botas?».<sup>8</sup> En cuanto fichaba a un cliente, Petrosino colocaba una alfombrilla en el suelo para protegerse las rodillas y sacaba un cepillo de su estuche, con el que limpiaba el barro de los elegantes zapatos y botines de los abogados y periodistas que merodeaban por los alrededores de la comisaría de policía, antes de sacarle todo el lustre a la piel con una gamuza.

Los limpiabotas, que ganaban alrededor de veinticinco centavos al día, ocupaban el peldaño más bajo de la escalera salarial en el Manhattan de la década de 1870. El mundo laboral les mostró a aquellos jóvenes italianos la cara más dura del capitalismo en Nueva York, es decir, de Tammany Hall.\* Por obra de los políticos irlandeses que dirigían la ciudad, los limpiabotas italianos se veían obligados a pagar por tener el privilegio de trabajar en determinadas esquinas, y aun debían limpiar los zapatos gratis a la policía, como extra.<sup>9</sup> Si alguno de aquellos chicos se resistía, recibía la visita de un matón de Galway.

El impulso de Petrosino tenía un aire de urgencia. Su padre no había logrado sacar adelante la modistería y el único otro varón de la familia, el hermano menor de Joe, Vincenzo, había

\* Organización política neoyorquina fundada en 1786 por el Partido Demócrata que tuvo un papel crucial en el control político en Nueva York y en fomentar que los inmigrantes, en especial los irlandeses, prosperaran dentro del escalafón político estadounidense desde la década de 1790 hasta la de 1960. (*N. de la t.*)

demostrado ser un cero a la izquierda. «Era un irresponsable —aseguraría más tarde su sobrino nieto, Vincent Petrosino—. Enlazaba una profesión con otra, y nunca se hizo un hueco en América.»<sup>10</sup> De hecho, nadie en la familia de Joe compartía su ambición galopante. Según el sobrino nieto Vincent, eran «una panda de vagos» que pronto dependieron de los ingresos del hijo adolescente para sobrevivir. El padre de Joe, Prospero, solo soñaba con volver a Italia, comprar un terreno y pasar los últimos años de su vida entre los frutales de cítricos de la Campania. Pero Joseph era distinto. «Era terco y obstinado, y estaba decidido a salir adelante en Nueva York», recordaría más tarde su amigo Anthony Marria.<sup>11</sup>

Junto con su determinación y su fuerza bruta, ya de adolescente Joe empezó a dar muestras de lo que los italianos denominan *pazienza*. La traducción literal sería «paciencia», pero el término tenía un significado especial en la cultura del sur de Italia, donde hacía referencia a no revelar fácilmente los sentimientos íntimos, a esperar el tiempo adecuado antes de mostrarlos. Formaba parte del código de conducta masculina en el Mezzogiorno, un mecanismo de defensa contra la opresión y la miseria. «La *pazienza* no implica la represión de las fuerzas vitales —escribe Richard Gambino—. Al contrario, el código que dicta reserva, paciencia, esperar el momento apropiado y planificar los actos antes de pasar apasionadamente a la acción está al servicio de la vida. [...] Una actitud impetuosa y sin control conducía al desastre.»<sup>12</sup> Una forma de demostrar *pazienza* era conservar la cabeza fría, mostrarse casi indiferente hasta que la acción era necesaria. Y, entonces, actuar con una pasión casi violenta.

Un día, Anthony y Joseph estaban limpiando botas delante de una taberna, en la esquina de Broome con Crosby.<sup>13</sup> Petrosino se arrodilló en su vieja alfombrilla, lustró las botas de piel de un cliente y se levantó para recibir sus peniques. Una parte

de sus beneficios servía para pagar el alquiler de su familia, y otra, para comprar comida, carbón y ropa. El poco dinero que le quedaba, si es que sobraba algo, lo guardaba para él y para su sueño de salir de la colonia italiana.

Aquella tarde, algo dentro de Petrosino se rebeló. Ante la mirada estupefacta de Anthony, Joseph cogió su pesado estuche de limpiabotas, lo levantó por encima de la cabeza y, con los brazos tensos por el esfuerzo, lo dejó caer violentamente sobre la acera. El estuche se resquebrajó y estalló en pedazos. Anthony se quedó mirando a su colega mientras los transeúntes esquivaban los fragmentos rotos y seguían su camino. «Tony —le dijo Petrosino con voz serena—, no pienso volver a limpiar zapatos. Voy a ser alguien.»

Se trata de una historia tan propia del imaginario estadounidense que uno sospecha que Anthony debió de sacarla de una novela de Horatio Alger, en las que a menudo aparecían limpiabotas soñadores. Pero Anthony aseguró que así había sucedido. El joven Joe se había empapado del ideal norteamericano. Con su estuche roto e irrecuperable, Petrosino tuvo que encontrar otra forma de ganarse la vida. Y nunca volvió a limpiar unos zapatos, ni en Nueva York ni en ninguna otra parte.

Aquel arrebato le hizo ver algo a Anthony: detrás del aspecto tranquilo de su amigo se escondía un agitado torbellino de emociones.

Petrosino empezó a buscar un trabajo mejor, recorriendo Manhattan de arriba abajo y preguntando en todo tipo de comercios y establecimientos. Probó varias ocupaciones: de ayudante de carnicero, de controlador de los horarios del personal del ferrocarril, de empleado en una sombrerería y de corredor de bolsa.<sup>14</sup> Incluso viajó por el país como músico itinerante, tocando el violín hasta el Sur Profundo antes de regresar a

Manhattan.<sup>15</sup> Pero ninguno de aquellos empleos le brindó a Petrosino una forma de ascender y abandonar la pobreza humillante que veía a su alrededor.

Finalmente, cuando tenía ya diecisiete o dieciocho años, Petrosino consiguió un trabajo como barrendero, contratado por el Ayuntamiento de Nueva York. Es cierto que no parecía gran cosa, pero en aquella época la limpieza de Nueva York dependía del Departamento de Policía. Para el tipo indicado de inmigrante, aquello podía ser el trampolín ideal para dar el gran salto.

Petrosino tuvo la inmensa fortuna de encontrarse bajo los auspicios del inspector Aleck Williams, apodado el Garrote, un tipo implacable y totalmente corrupto, también conocido como el Zar del Tenderloin. Williams, irlandés hasta el tuétano, era sociable y físicamente intimidante, y tenía una figura que los neoyorquinos identificaban de inmediato cuando lo veían acercarse por la Séptima Avenida, patrullando su distrito. (Porque el distrito era literalmente suyo: ningún bar podía abrir las puertas ni ningún criminal podía sobrevivir sin el permiso de Williams.) «Soy tan conocido aquí en Nueva York —alardeó en una ocasión— que por las mañanas los caballos de los carruajes me saludan por la calle.»<sup>16</sup> Un día, para impresionar a un grupo de periodistas que habían ido a entrevistarlo, Williams ató su reloj a un farol de la calle Treinta y Cinco con la Tercera Avenida, en el corazón del distrito antaño conocido como Gas House, famoso por sus altísimos índices de criminalidad, y acto seguido dio una vuelta a la manzana paseando tranquilamente con los reporteros.<sup>17</sup> Cuando el grupo regresó junto al farol, el reloj de Williams seguía donde este lo había dejado. Ninguno de los cientos de gánsteres que pululaban por la zona se había atrevido a tocar aquel objeto de valor.

El talento de Williams para la corrupción era también la envidia del Departamento. Era propietario de una mansión de diecisiete habitaciones en Cos Cob (Connecticut) y de un

yate de cincuenta y tres pies de eslora, todo ello supuestamente gracias al modesto salario de un inspector del cuerpo de policía de Nueva York. Si le preguntaban cómo había logrado amasar aquella fortuna, siempre tenía la misma respuesta magníficamente absurda a punto: «Inmuebles en Japón».<sup>18</sup>

En su nuevo puesto de trabajo, Petrosino trabajó duro. Nueva York era un lugar infame por su suciedad: la ciudad era mucho más sucia que Londres o París. La tarea de Petrosino consistía en empujar un carro de tres ruedas por las calles y fregar los adoquines hasta acabar con la increíble mugre de todo tipo que se acumulaba de la noche a la mañana. Las bostas de los caballos, en particular, suponían todo un desafío. Los 150.000 caballos que vivían y trabajaban en Nueva York y en Brooklyn (que fue un municipio independiente hasta 1989) producían entre un millón y medio y dos millones de estiércol al día, y los animales duraban apenas dos años y medio antes de caer muertos debido al intensivo trabajo que realizaban.<sup>19</sup> Los cadáveres pesaban más de quinientos kilos, demasiado para los limpiadores callejeros, que tenían que esperar hasta que estos estaban parcialmente descompuestos para descuartizarlos y llevarse las diversas partes en sus carros. Petrosino pasaba los días barriendo montañas de ceniza, cáscaras de fruta, periódicos y muebles rotos, además de cerdos, cabras y caballos muertos.

Pero progresó. Petrosino pronto estuvo al cargo de la gabarra que trasladaba la basura de la ciudad Atlántico adentro, donde vertía aquella masa pestilente encima de la espuma del mar. Cada día, Petrosino guiaba su gabarra entre las olas; el agua embestía la proa de la embarcación y lanzaba espuma salada sobre la timonera. Si miraba a derecha e izquierda, es posible que atisbara las elegantes lanchas pilotadas por los ricos de Madison Avenue mientras lo adelantaban. Es posible que también lo adelantara Jay Gould, uno de los empresarios sin

escrúpulos conocidos como los «barones ladrones», mientras se dirigía a su residencia de Tarrytown a bordo de un magnífico yate de doscientos treinta pies, el *Atalanta*, «la embarcación privada más lujosa del mundo», cuya suntuosa decoración era digna del palacio de un rajá.<sup>20</sup> Un hombre menos seguro de sí mismo tal vez se habría sentido un poco ridículo rodeado de unas embarcaciones tan glamurosas, guiando una barcaza cargada hasta la borda con cabezas descompuestas de caballo y pieles de plátano. ¡Un barco de ensueño para aquel hijo de la Campania! Pero Petrosino no se inmutaba. Nunca le faltó confianza.

El joven italiano fue progresando al tiempo que la ciudad a su alrededor se iba haciendo más alta, más brillante y más rápida. El primer metro elevado, que discurría paralelamente a la Novena Avenida, se inauguró en 1868. El alumbrado eléctrico empezó a reemplazar las viejas farolas de gas en 1880; la calefacción a vapor empezó a llegar a los hogares a través de tuberías subterráneas a principios de 1882; el puente de Brooklyn, completado en 1883, proyectaba su esbelta e inverosímil silueta a lo largo del East River.<sup>21</sup> El país estaba sediento de más mano de obra; su industria crecía a velocidad vertiginosa y necesitaban espaldas fuertes en las minas y en las canteras, capaces de construir y de excavar. Y Nueva York era el epicentro de aquella transformación. Ochenta de las cien mayores empresas del país tenían su sede en Manhattan. «Wall Street proporcionaba capital a todo el país —escribiría el historiador Mike Dash—. Ellis Island canalizaba la mano de obra. La Quinta Avenida dictaba sus tendencias sociales. Broadway (junto con Times Square y Coney Island) la entretenía.»<sup>22</sup> Cada cuatro años, la ciudad incorporaba a su censo el equivalente a toda la población de Boston; ya era la principal ciudad judía y también la principal ciudad italiana del mundo. (Un escritor se refirió cariñosamente a Manhattan como «la



capital de medio mundo».)<sup>23</sup> Y muchos de sus nuevos ciudadanos eran recién llegados del sur de Italia, *contadini*, campesinos pobres del Mezzogiorno. El número de italianos que vivían en la ciudad pasó de 833, en 1850, a medio millón, en 1910.

Pero para muchos estadounidenses, aquellas multitudes hormigueantes, con sus rostros oscuros y sus idiomas exóticos, no representaban el progreso, sino la anarquía. Henry Adams era uno de ellos:

La silueta de la ciudad adoptó un aspecto frenético en su esfuerzo por explicar algo que desafiaba a la comprensión. El poder parecía haber dejado atrás la servidumbre y declarado su libertad. El cilindro había explotado y había proyectado grandes masas de piedra y vapor contra el cielo. La ciudad poseía un aire y un movimiento histéricos, y los ciudadanos gritaban en todos los acentos, de ira y de alarma, que había que someter aquella nueva fuerza costara lo que costara. Una prosperidad nunca antes imaginada, un poder nunca antes alcanzado por el hombre y una velocidad hasta entonces exclusiva de los meteoritos habían hecho que el mundo se volviera irritable, nervioso, quejumbroso, irracional y asustadizo. [...]

El viajero de las autopistas de la historia miraba por la ventana del club y, al ver la confusión de la Quinta Avenida, se creía en la Roma de Diocleciano, presenciando la anarquía, consciente de la obsesión, ansioso por hallar la solución, pero incapaz de concebir de dónde provendría el siguiente impulso y cómo iba a comportarse.<sup>24</sup>

Para otros, sin embargo, aquellos cambios suponían una oportunidad para ganar dinero y afianzar su poder. Tammany Hall, que estaba amasando millones gracias a la nueva riqueza que entraba a raudales en Manhattan, se fijó en las multitudes de inmigrantes que salían del metro camino de las fábricas textiles donde trabajaban. Los irlandeses necesitaban a hom-

bres capaces de hacerse escuchar por sicilianos y calabreses, y de arrastrarlos hasta los colegios electorales cuando había comicios. Por eso, cuando un día Garrote Williams vio una gabarra que maniobraba diestramente junto a la orilla y a un joven italiano que gritaba órdenes con voz imponente, se fijó en él. Había algo en Petrosino (la serenidad de su frente) que llamó la atención del inspector.

«¿Por qué no te haces policía?», gritó Williams por encima de las olas.<sup>25</sup> Petrosino se quedó mirando al inspector, puso rumbo hacia la orilla, saltó de la gabarra y se le acercó caminando. Williams vio enseguida que tenían un problema: con su metro sesenta, aquel joven italiano era demasiado bajito para que lo aceptaran como recluta; le faltaban diez centímetros para alcanzar el mínimo estándar. Pero aquel poli irlandés había resuelto problemas mucho más escabrosos que medio palmo de más o de menos, e inmediatamente empezó a hacer presión para incorporar a Petrosino al Cuerpo. Al poco tiempo, el 19 de octubre de 1883, aquel joven de veintitrés años tomaba juramento como policía.

Para el antiguo limpiabotas, aquello fue un verdadero golpe de fortuna. Petrosino se convirtió en uno de los primeros policías italianos que se incorporaron al Departamento de Policía de Nueva York, que en 1883 era un Cuerpo eminentemente irlandés, con la presencia de algún alemán y algún judío. Su contratación supuso también un hito para los italoamericanos, que hasta entonces apenas habían logrado posicionarse en la estructura de poder de su nuevo país. Pero si Petrosino pensaba que con aquel logro se ganaría el beneplácito de su propia gente, si creía que la placa con el número 285 le valdría los halagos de los napolitanos y los sicilianos de la calle Mulberry, debió de llevarse una amarga decepción. En su primer día en el trabajo, el nuevo agente de policía salió del edificio de Little Italy donde alquilaba un apartamento ataviado con

su uniforme de lana azul, su casco de fieltro y una porra de madera de algarrobo colgando de una presilla de piel en un costado. Aquella nueva indumentaria era la muestra exterior de su reinención como estadounidense. Tan solo había dado algunos pasos cuando los vecinos italianos empezaron a gritarle, pero no palabras de felicitación, sino «insultos y obscenidades».<sup>26</sup> Al verlo acercarse, los vendedores ambulantes exclamaban «¡Perejil fresco!» (en el dialecto siciliano, *petrosino* significa «perejil»), para alertar a los criminales de la presencia de un policía. Al poco, Petrosino recibió las primeras amenazas de muerte por correo.

En los lugares marchitos por el sol del que procedían los italianos del sur, cualquier persona vestida de uniforme era considerada el enemigo, algo que Petrosino sin duda sabía. «El Gobierno es un inmenso monstruo petrificado —escribió un funcionario de la ciudad siciliana de Partinico en 1885—, desde los administrativos hasta ese ser privilegiado que se hace llamar rey. Lo desea todo, roba sin disimulo y utiliza a su placer propiedades y personas en beneficio de unos pocos porque goza del apoyo de sus secuaces y sus bayonetas.»<sup>27</sup> Incluso la Iglesia detestaba a quienes velaban por el cumplimiento de la ley.<sup>28</sup> En la *Taxae cancellariae et poenitentiarieae romanae*, publicada entre 1477 y 1533, el arzobispo de Palermo absolvía a quienes habían cometido perjurio ante un tribunal, incluso sobornando a jueces u obstruyendo la justicia de alguna otra forma, con tal de dejar al acusado en libertad. Según la Iglesia, los criminales podían redimirse pagando limosna a su parroquia local, y una interpretación singular de la ley eclesiástica les permitía incluso quedarse los bienes robados. Pero ¿el *birro*, el policía? Ese era un pedazo de carroña putrefacta.

En los barrios irlandeses o alemanes, el nombramiento de un nuevo policía solía ser un motivo de celebración, pero ese no era el caso en Little Italy. Petrosino, pensaron muchos,

se había incorporado a las filas de su opresor en aquel nuevo país. Era «*contadino* de nacimiento», diría más tarde un italoamericano de ascendencia siciliana.<sup>29</sup> Integrarse en el bando de los extranjeros para vigilar voluntariamente a tu propia gente suponía «una afrenta intencionada y extrema» muy difícil de olvidar. «El comportamiento de Petrosino constituía una inmoralidad particularmente ofensiva, ni más ni menos que una infamia que exigía castigo. Según los sicilianos, Petrosino había violado algo así como una extensión de la *ordine della familia* alineándose públicamente con los extranjeros en contra de su propia gente y para su beneficio propio.» Según el ideario de los italianos del sur, Petrosino había vendido su honor a los blancos.

A pesar de haber sido los últimos europeos occidentales en llegar a América, y también los más pobres, no les faltaba a los italianos confianza o amor por su tierra natal. En muchos sentidos, creían que la cultura que llevaban en la sangre era superior a la estadounidense. Y cada italiano tenía el deber de honrarla.

Pero Petrosino había culminado un viaje que se había demostrado difícil para muchos italianos del sur: había abrazado sinceramente la promesa de su nuevo país. Había aceptado sus valores como propios. Las miradas de odio por parte de su gente debieron de chocarle. Que en las calles de Little Italy lo consideraran un *nfame*, un informador y un espía nunca dejaría de dolerle. «El perejil hará que la policía estadounidense sepa mejor —decía una frase ingeniosa sobre el nuevo agente—, pero será igual de indigesta que siempre.»<sup>30</sup>

Muchos italianos no compartían ese punto de vista: eran conscientes de que necesitaban urgentemente policías italianos en la colonia y se enorgullecieron del logro de Petrosino. Pero otros inundaron el buzón de su casa con cartas amenazantes, tan alarmantes que Petrosino se vio obligado a buscar otro

lugar donde vivir. Encontró un pequeño apartamento en un barrio irlandés y se mudó allí con sus escasas pertenencias. En la cultura italoamericana, era casi impensable que un hombre soltero abandonara la colonia para vivir entre extraños. Aquella decisión marcó a Petrosino como *straniero* (extranjero), alguien que llevaba una vida entre irlandeses paliduchos e insondables. Vivir a solas, sin la familia, equivalía también a dejar de existir, a convertirse en lo que los sicilianos llamaban *un saccu vacante* (un saco vacío), *un nùddu miscàto cu niènti* (un don nadie mezclado con naderías). Pero ya desde el principio de su carrera, Petrosino se mostró predispuesto a ignorar las tradiciones que habían regido la vida en el Mezzogiorno durante siglos. Para poder ascender, estaba dispuesto a marcharse.

El primer destino de Petrosino fue en el Tenderloin, entre las calles Veintitrés y Cuarenta y Dos, y entre la Quinta y la Séptima Avenida, el distrito más problemático de toda la ciudad. El primer arresto que se adjudicó y que apareció en el *New York Times* fue el de un actor con exceso de celo que estaba tan ansioso por ensayar que se saltó la prohibición de realizar actividades dramáticas en domingo.<sup>31</sup> A medida que fue adquiriendo más experiencia, sus zonas de influencia se fueron diversificando. Una tarde se aventuró hasta los muelles del final de Canal Street, un hoyo purulento lleno de bares y burdeles para marineros. Mientras caminaba con el paso enérgico que lo caracterizaba, Petrosino oyó gritos, y pronto distinguió una conmoción.<sup>32</sup> Unos metros más adelante había un grupo de hombres blancos, inclinados encima de una figura que yacía en el suelo; estaban atacando enconadamente a un negro llamado William Farraday.

Los afroamericanos no gozaban precisamente de una reputación favorable entre los agentes de la policía de Nueva York.

Incluso el hombre que pronto se convertiría en comisario de policía expresó la baja opinión que le merecían los ciudadanos negros. «El negro del Tenderloin —afirmó William McAdoo— es un vago emperifollado y ensortijado, y en muchos casos también un criminal.»<sup>33</sup> Pero al oír los gritos de Farraday, el agente Petrosino no dudó ni un instante. Se dirigió hacia el lugar de la escaramuza, desenfundó la porra sin dejar de correr y, al llegar al lugar de los hechos, le golpeó la cabeza al primer blanco que encontró. Después de unos cuantos golpes más, los atacantes huyeron. «Había cuatro hombres que intentaban matarme —recordaría Farraday—. Pero Joe llegó justo a tiempo y me salvó.» Farraday no se olvidaría nunca de ese incidente.

Petrosino se reveló como un policía innato. Era un genio con los idiomas; no solo dominaba el dialecto regional de su Campania natal, sino también la mayoría de lenguas habladas por los italianos de Nueva York: abruzense, napolitano, siciliano y apulio.<sup>34</sup> Era incorruptible: ni una sola vez lo acusaron de haber aceptado un soborno. Y era excepcionalmente duro. Si perdió una sola pelea callejera en su carrera, nadie se hizo eco de ello. Pero su excelencia pasó prácticamente desapercibida durante los primeros años de su carrera. Petrosino se incorporó a una hermandad irlandesa compuesta por los mismos tipos que habían intentado arrancarle la cabeza en reyertas callejeras cuando, de niño, salía de la escuela. Un italiano no tenía demasiadas perspectivas de progresar dentro de la policía neoyorquina: solo los irlandeses y los alemanes parecían tener acceso a la unidad de homicidios o al cuerpo de detectives, considerados los dos grupos de élite dentro del Departamento. A finales del siglo XIX no había ni un solo sargento detective italiano en todo el Departamento de Policía de Nueva York; ni en todo el país, de hecho. Los irlandeses consideraban que trabajar en el Departamento de Policía de Nueva York era un derecho que les correspondía de nacimiento. Los

policías veteranos a menudo les regalaban porras de juguete a sus hijos, para que fueran practicando hasta que fueran lo bastante mayores para incorporarse al Cuerpo.<sup>35</sup> Un irlandés escribió: «No podías caminar dos manzanas sin toparte con un agente llamado O'Brien, Sullivan, Byrnes, O'Reilly, Murphy o McDermott. [...] En el fondo, el deseo de mi padre de que yo fuera policía desde los días en que yo era un niño de cuna obedecía a la sangre irlandesa que le corría por las venas».

Incluso con un mentor como Garrote Williams, Petrosino era un *outsider*. Los cuarteles de policía de reserva donde solía dormir durante el primer invierno que pasó en el Cuerpo, con su humeante uniforme tendido de una cuerda colgada en la pared y una aparatosa estufa encendida en el centro de la sala, eran un lugar frío para cualquier inmigrante italiano, al que los irlandeses contemplaban con aversión, cuando no con un odio apenas disimulado. Algunos se negaban a hablar con él o, si lo hacían, lo llamaban *guinea* a la cara. «Tenía a todo el Departamento en contra —escribió un periodista refiriéndose a esta época de la vida de Petrosino—. Con dignidad y discreción, soportó las burlas, los agravios y los insultos que le proferían a diario todas esas personas de diferentes nacionalidades.»<sup>36</sup> Con la tasa de inmigración italiana creciendo año tras año y los prejuicios hirviendo en las calles, cualquier inmigrante que quisiera «llegar a ser alguien» debía aprender a guardar silencio. Pero Petrosino descubrió muy pronto que ese no era el único precio que iba a tener que pagar.